

Joan CARMONA BADIA: *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*, Ariel, Barcelona, 1990, 252 págs.

El estudio de la decadencia de las industrias tradicionales, y en especial las que se ubicaban en el campo, tan difundidas durante el Antiguo Régimen, ha atraído hasta hace poco en nuestro país una escasa atención por parte de los historiadores, que se han sentido mucho más interesados por la investigación de los orígenes y trayectoria de las industrias modernas, las triunfadoras, las que habían de llegar hasta nuestros días. Sin duda, el debate suscitado alrededor del tema de la "protoindustrialización" y la más reciente revisión de la que podríamos denominar "versión tradicional" de la revolución industrial han influido para que el estudio de las industrias rurales sea un tema que goza de una creciente atención historiográfica.

Creo que es una suerte el que una de las primeras concreciones de esta orientación historiográfica en nuestro país haya sido precisamente el libro que aquí se comenta, obra que considero ejemplar y que, en consecuencia, no dudo de que ha de servir de guía y estímulo para investigaciones que, centradas sobre las industrias rurales tradicionales, han de seguir a ésta. En este ámbito de la investigación casi todo está por hacer y es una fortuna disponer de un antecedente referencial de la calidad del libro de Carmona.

La obra trata de responder a una pregunta bien concreta que se plantea con toda claridad en la introducción: por qué la actividad rural productora de lienzos en Galicia, la más importante del país en su género durante el siglo XVIII, no evolucionó hacia formas fabriles capitalistas, como ocurre en otras regiones europeas que partían de una situación similar a la gallega.

A lo largo de los siete capítulos de que consta el libro el autor da cumplida respuesta a la cuestión planteada, una respuesta compleja que se va enriqueciendo conforme va avanzando la obra en el análisis de las diferentes etapas por las que atraviesa la industria de tejidos de lino gallega entre 1750 y 1900.

El autor demuestra convincentemente que el principal obstáculo para que la industria rural lencera –la más extendida, aunque no la única actividad manufacturera a que se dedicaban los campesinos gallegos– evolucionara hacia formas fabriles capitalistas radicaba en las características económicas y sociales del mundo rural. Un mundo rural que, en Galicia, estaba constituido sobre la base de minúsculas explotaciones sobrecargadas de factor trabajo –al menos hasta 1830 en que se inicia la emigración masiva hacia el exterior inducida precisamente por el inicio de la acelerada decadencia de la lencería–, lo que forzaba la necesidad de aplicarse a actividades manufactureras y "de auxilio" (emigración temporal de segadores

hacia Castilla, la buhonería, etc.). Unas explotaciones agrarias, además, que la revolución liberal no hizo sino consolidar, haciendo persistentes las viejas relaciones sociales basadas en la división de dominios sobre la tierra —el régimen foral— y forzando al campesino a vender cantidades crecientes de sus productos para obtener metálico con que pagar impuestos en aumento, sin que esta mayor comercialización redundara en una ampliación del mercado interior gallego, ya que, dado el alto grado de autoabastecimiento de las explotaciones campesinas y el escaso nivel de urbanización, el mercado para esos productos se situaba en gran medida fuera de Galicia.

El autor consigue demostrar —y creo que es un hallazgo que merece subrayarse— que el hecho de que la actividad lencera se practicara en el seno de explotaciones campesinas con esas características se derivaban importantes secuelas respecto a las técnicas de fabricación de los lienzos, respecto a la calidad de los mismos y respecto a las posibilidades de especialización productiva en géneros competitivos. En efecto, en cuanto a las técnicas productivas, los campesinos gallegos persistirán a lo largo de todo el período en no emplear agramaderas para extraer la fibra del lino; tampoco utilizarán el torno para hilar, sino el huso y la rueca; y, sobre todo, blanquearán el lino tras el hilado y antes del tejido —el blanqueado tras el tejido requería la construcción de costosos establecimientos, pero posibilitaba la realización de labores de acabado tendentes a homogeneizar los géneros y a aumentar su finura—. Si se “obstinaron” en continuar con estas prácticas cuando en otras regiones lenceras de Europa ya habían sido abandonadas, fue porque eran las que mejor se adaptaban a las pocas posibilidades económicas y a las particulares características laborales de las explotaciones campesinas. En definitiva, en el procedimiento de fabricación era determinante el carácter de las unidades productivas —aplicadas preferentemente a las actividades agrarias y complementariamente a las manufactureras— y no el mercado. Se comprende así que la lencería gallega padeciera un inmovilismo técnico muy difícil de superar habida cuenta de cuál era su origen y que no pudiera tener otra especialización que no fuera la de géneros ordinarios con características, por lo demás, nada uniformes, lo que a partir de finales del siglo XVIII restó competitividad a los lienzos gallegos frente a los más finos introducidos, legalmente o por contrabando, de Westfalia, Silesia o Bretaña, y frente a los tejidos de algodón ingleses, franceses y catalanes —estos últimos desde mediados del XIX—. Se entiende así también la incontenible decadencia de la industria lencera gallega desde el primer tercio del XIX.

Esta línea explicativa del fracaso de la transición hacia formas fabriles converge con otra que arranca de las características que presentaba la comercialización de los lienzos. Resulta que, según pone en evidencia el autor, el *Verlagssystem* sólo excepcional y tardíamente llegó a implantarse —en la comarca de Padrón y ya en la etapa de decadencia—, siendo habitual el *Kaufssystem* como forma de articulación entre el área de la producción y el ámbito de la distribución. Ello implicó que el capital comercial permaneciera ajeno al proceso productivo, imposibilitando así una modernización de dicho proceso y una homogeneización creciente de la producción hacia géneros con mayor capacidad de resistencia frente a la concurrencia textil. La comercialización de lienzos estuvo siempre muy atomizada y, aunque existieron algunos comerciantes mayoristas, éstos siempre se avocindaban fuera de Galicia —en Madrid sobre todo, principal punto de destino de los lienzos— y operaban desde la lejanía mediante

factores y comisionistas que les surtían de géneros. Se comprende que el interés de estos mayoristas foráneos por modernizar el proceso productivo fuera muy escaso y que el autor califique a este modelo de comercialización como "trapezoidal" al no formarse en Galicia un grupo de grandes compradores que centralizaran las ventas en el exterior y que pudieran haber desempeñado el papel de los *Verlager*—como ocurre por ejemplo en Flandes—. Tampoco asumieron esta función, a pesar de la estratégica situación que llegaron a ocupar, los grandes importadores de lino báltico en el último tercio del XVIII ni los importadores de hilados de lino desde 1840: se limitaron a proporcionar, generalmente "al fiado", estas primeras materias a los campesinos tejedores, desentendiéndose de la comercialización del producto final y, en consecuencia, también del proceso productivo, que siempre se desarrolló en el seno de las explotaciones agrarias sin dependencia del capital comercial.

Una industria rural con estas características productivas y comerciales era insensible a las innovaciones técnicas, importantes en la lencería desde 1820. Los proyectos de modernización propuestos por el sector más avanzado y clarividente de la Ilustración gallega chocaron, fracasando, contra la firmeza de las prácticas tradicionales de esta industria campesina. Como fracasarán después, según describe con detalle el autor, casi todas las iniciativas fabriles planteadas después de 1840 y ya desconectadas completamente de la industria rural, sumida a la sazón en una decadencia imparable. Estas iniciativas—referidas tanto a los tejidos de lino como a los de algodón—llegaban demasiado tarde y, además, en el caso del algodón carecían de la necesaria tradición. Por eso, a la altura de 1900 muy poco es lo que queda de la importante industria textil de otros tiempos: sólo quedan, como afirma el autor, unos "restos del naufragio que no hacen justicia al tamaño del barco".

Es importante subrayar que todas las argumentaciones que sirven de hilo conductor a la obra están fundadas en una brumadora base de información, documental y bibliográfica, tanto de procedencia española como extranjera. Porque otro de los méritos notables de la obra es su dimensión comparativa, por lo que esta investigación se inserta explícitamente en la historiografía europea sobre el tema, lo que permite al autor señalar en las conclusiones las marcadas diferencias que se aprecian entre la industria lencera gallega y el modelo más difundido de protoindustrialización, aportando así una nueva tipología.

Para acabar, reitero lo que decía al principio: es una suerte para la incipiente historiografía española sobre el tema de las industrias precapitalistas el contar como referencia con una obra de la calidad de ésta.

ANGEL GARCÍA SANZ